

V. Cacho Viu,  
*El nacionalismo catalán  
como factor  
de modernización*

---

Valeriano Bozal

En 1997 aparecieron dos libros de Vicente Cacho Viu (1929-1997), *Revisión de Eugenio d'Ors* y *Repensar el Noventa y Ocho*, ahora se publica *El nacionalismo catalán como factor de modernización*<sup>1</sup>. Los tres abordan algunos de los problemas centrales de la España de fin de siglo, los suscitados por la crisis finisecular, el regeneracionismo, el desarrollo del nacionalismo, etc. Los tres me parecen textos fundamentales para la mejor comprensión de estas cuestiones, muchas de las cuales continúan vigentes en nuestros días. Antes de seguir adelante me interesa decir que la perspectiva abierta por Cacho no solamente permite una mejor comprensión de lo que sucedió en aquellos años, sino que induce a enfocar de manera originalmente rigurosa su actual «herencia». En este sentido, cabe decir que se trata de una historiografía viva, excelentemente escrita y apasionadamente narrada.

Entre las diferentes cuestiones que a propósito del nacionalismo catalán analiza Cacho Viu deseo detenerme en aquellas que, a mi juicio,

---

<sup>1</sup> Barcelona, Quaderns Crema/Residencia de Estudiantes, 1998.

---

**La balsa de la Medusa**, 49, 1999.

marcan con mayor claridad su originalidad y nos obligan a pensar ese nacionalismo de una manera bien distinta de la tónica. La primera de ellas es aquella que establece su perfil como alternativa al proyecto tradicional de España. Creo que esta posibilidad, constituir una alternativa, se apoya en dos ejes en principio muy diferentes. Por una parte, la reivindicación de la soberanía y el derecho a la autodeterminación implican una concepción nueva del estado, una concepción distinta a la tradicional, que, además, se encuentra en estos momentos en una crisis profunda. La crisis no era un fenómeno pasajero, tampoco un rasgo connatural a los españoles. Se había extendido a lo largo del siglo XIX y estallaba ahora con sus rasgos más llamativos, bien conocidos de todos. El centralismo, el déficit democrático, la debilidad de la burguesía peninsular, su aislamiento cultural..., son algunos de los factores que determinan el desarrollo y el desenlace de la crisis. La alternativa del nacionalismo catalán, más radical y efectiva en unos ámbitos que en otros, se inscribe en ese proceso y lo hace como eventual «salida» del mismo, pues su éxito, el del nacionalismo, sólo puede alcanzarse en la transformación de los principales entre esos factores.

La fortaleza de la burguesía es mayor en Cataluña que en el resto de la Península y sólo en Cataluña se plantea el cosmopolitismo como un rasgo cultural capaz de superar el provincianismo madrileño. Este es un aspecto en el que Cacho Viu insiste con precisión y agudeza; lo había hecho ya en su revisión de Eugenio

d'Ors<sup>2</sup> y vuelve ahora sobre el tema con mayor aptitud de miras. Lejos de encerrarse en el localismo o en la identidad ancestral, el cosmopolitismo es nota determinante del nacionalismo, al menos en la época objeto de estudio (justo es señalar que habrá momentos posteriores en los que cae en la tentación, siempre presente, del localismo o del regionalismo).

Escribe Cacho a propósito de *L'Avenç*: «La ruptura del aislacionismo mental, meta de la vocación cosmopolita de los modernistas, contribuiría a que Cataluña recuperase su propia tradición, proyectándola hacia adelante, en vez de mantenerla fosilizada e intocable, envuelta en un ropaje arqueológico que la inmunizaba de toda idea nueva. La viabilidad, más aún, la necesidad de esa apertura constituyente era, para los modernistas, una verdad inconcusa» (p. 52).

Naturalmente, aunque en el grupo de *L'Avenç* estaban algunos de los representantes fundamentales de la cultura catalana, no podemos identificarles sin más con el nacionalismo en su conjunto. De hecho, señala Cacho algo después, su voluntad rupturista se ejerció «en un doble frente: contra la propia *Renai-xença*, criticando sin ninguna clase de respetos su desfase y cortedad de miras, y contra la subordinación a Madrid, cuya impermeabilidad a las nuevas corrientes denunciaron con idéntico desenfado» (p. 69). Y el primero de esos frentes, bueno será recordarlo, tiene su núcleo más poderoso en una burguesía naciona-

lista a la vez que tradicional, poco permeable a las nuevas ideas culturales. Por ello será tanto más importante la difusión de ideas que los jóvenes modernistas emprenden y la posterior institucionalización cultural en la que termina inscribiéndose su labor.

La situación contrasta llamativamente con la que se vive en Madrid, una cuestión sobre la que Cacho llama la atención en varios momentos, pero de forma muy expresiva en el último capítulo, dedicado a «La Institución Libre de Enseñanza y el nacionalismo catalán», en el que salen engrandecidas dos figuras centrales de toda esta historia: Maragall y Giner, pero también otras que como Pijoan o el propio d'Ors habitualmente encuentran su sitio con mayor dificultad.

Especialmente llamativa resulta la reflexión de Cacho a propósito de los viajes de los intelectuales catalanes a Madrid, donde sólo encuentran a «grans solitaris», Costa, Menéndez Pelayo, Giner..., que carecen de apoyo institucional y no cuentan con grupo alguno en el que apoyarse para defender y difundir sus ideas. Esta situación sólo empezó a cambiar con la creación de la Junta para Ampliación de Estudios (1907) y el funcionamiento de la Residencia de Estudiantes (1910), que, sin embargo, tuvieron que vencer grandes obstáculos. Ambas instituciones, Junta y Residencia, y el nuevo ambiente que generan explican la aventura madrileña de intelectuales catalanes como los citados Pijoan y d'Ors.

\* \* \*

<sup>2</sup> *Revisión de Eugenio d'Ors*, Barcelona, Quaderns Crema/Residencia de Estudiantes, 1997.

Con ser todo esto de especial relevancia, más la tiene la comprensión del nacionalismo como factor de democratización, sin la que, además, aquella renovación cultural no hubiera sido posible o hubiera sido muy diferente. La cuestión me parece de una importancia que a nadie se le oculta —y quizá la tenga hoy más que nunca—, pues es propio del tópico nacionalista decidir el ámbito de su dominio a partir de la identidad étnica o cultural —o ambas a la vez—, lo que implica necesariamente la exclusión de todos aquellos que no se identifiquen con tales rasgos.

En este punto destacan los capítulos «Un proyecto alternativo de España» y «Perfil público de Cambó». La figura de Cambó se ennoblece en el estudio de Cacho, y no porque altere su fisonomía ideológica, conservadora, o eluda las contradicciones del político catalán, sino porque estudia con atención aquel que es rasgo fundamental de su concepción y actividad: la necesidad de legitimar el nacionalismo en las urnas. Cambó es un conservador que pretende una renovación —una modernización— según los parámetros de regímenes parlamentarios como Francia e Inglaterra. El conservadurismo de Cambó, explica Cacho, no se opone a su pretensión modernizadora, ni a la suya ni a la de la Lliga. Dejemos la palabra al autor en un tema especialmente polémico:

«El complejo de superioridad que, también en este terreno, abrigaba Cambó procede, no de méritos propios, sino de la pecu-

liaridad misma de la Lliga, en cuanto venía a denunciar, siquiera fuese testimonialmente, la alternancia establecida entre dos partidos centralistas, con el Rey como único árbitro repartidor del poder. Lo que estaba ensayándose en Barcelona era precisamente lo contrario, recurrir como fuente de legitimación a la lucha electoral; Duran i Ventosa, uno de los tetrarcas, llegó a afirmar en 1905 que Cataluña era ya 'un oasis político en el migdia d'Europa'. Si me detengo a examinar esta afirmación, en apariencia un poco tartarinesca, es porque refleja la imagen que la Lliga aspiraba a dar de sí misma. En primer lugar, a sus seguidores; pero, sobre todo, de cara a un importante aliado potencial: el partido conservador. Cuando Maura vuelva al poder en 1907, la Lliga, montada en la ola de Solidaritat Catalana, pondrá en juego su carácter de verdadero movimiento de opinión, el único existente en España. La convergencia se produjo en torno al intento de limpiar los establos de Augias de nuestra vida pública, mediante la reforma del régimen local y provincial, aunque fuera a costa de recurrir al poco democrático expediente del sufragio corporativo, escollo en que embarrancó la pronto disuelta Solidaritat.

Los sucesos de 1909 dieron al traste con esta operación en un doble sentido. Por un lado, la salida de Maura del gobierno, con la connivencia activa del Rey, estimula un proceso de largo alcance:

el deslizamiento de parte de la derecha española, integrada en el sistema del turno, hacia posturas antiparlamentarias de corte autoritario, amunicionadas ideológicamente, con anterioridad a lo que suele pensarse, por el nacionalismo integral francés. Al mismo tiempo, la Semana Trágica de Barcelona dejó al descubierto, y de forma primitivamente violenta, tensiones sociales que, con evidente precipitación, se consideraban superadas a través del nacionalismo unitario e interclasista hasta entonces propugnado por la Lliga» (pp. 115-117).

Siguiendo el análisis de Cacho, la Lliga carece de un partido liberal que pueda ser su alternativa —y en esto se diferencia de los modelos antes mencionados, Francia e Inglaterra—, lo que finalmente conducirá a afirmar a Cambó (en unas declaraciones de 1910 al *The New York Herald*, publicadas también en *La Veu de Catalunya*) que «hemos llegado a un período en que sólo hay en realidad dos partidos, el conservador y el socialista, sea cual sea el nombre que se apliquen» (p. 117).

La posterior trayectoria de la política española dislocó las expectativas que en el planteamiento subyacente a esa declaración se expresan. La deriva del Rey y de la derecha hacia el autoritarismo y la incapacidad del conservadurismo nacionalista catalán de romper sus lazos con el conservadurismo, serán algunos de los factores a tener en cuenta para explicar la evolución de los acontecimientos. Pero no cabe duda de que los años del fin de

siglo y los primeros del veinte marcan al nacionalismo de una manera que ya nunca podrá olvidar (ni olvidarse). El franquismo, muy consciente de todo ello, tomará buena cuenta de ese rasgo y procederá en consecuencia con una contundencia represiva nunca igualada.

Algunas de las ideas analizadas por Cacho a propósito de Cambó y el nacionalismo catalán aparecerán después, me permito llamar la atención sobre el hecho, en el pensamiento de un político bien diferente de Cambó: Manuel Azaña. La preocupación constante en el político republicano para que el Partidario Socialista participase en el gobierno de la II República es la más clara manifestación de esa afinidad, bien razonable si se tiene en cuenta que el nacionalismo pretendía legitimar la soberanía de Cataluña por encima y más allá del programa de un partido, al igual que la República necesitaba legitimar la suya en la confluencia de partidos de diferente estrato social. A su vez, tal legitimación sólo podía alcanzarse en el Parlamento y a través de las urnas, al margen de la concepción conservadora-reaccionaria que dejaba en manos del monarca instancias fundamentales del poder político (lo que tiene indudable importancia para explicar el déficit democrático en los años iniciales del siglo, pero también para comprender la instauración de la dictadura de Primo de Rivera, y que, además, se mantiene como «costumbre viciada» —y es uno de los caballos de batalla de Azaña— en los primeros momentos de la República y en la tentación de convertir a su presidente en un equivalente del monarca). Por

último, y tercero, afinidad en la pretensión modernizadora que tanto el nacionalismo catalán como el republicanismo hicieron suya y sobre la que fundamentaron buena parte de su acción.

La lectura del libro de Cacho Viu nos insta a analizar nuestra historia reciente, pero también la presente, con una perspectiva que no puede encasillarse en los tópicos del nacionalismo centralista —difundido, naturalizado en los largos años del franquismo—, ni siquiera aunque el nacionalismo periférico los haya hecho suyos, y menos que nunca cuando sucede esto. A la

vez, nos obliga a repensar la concepción tradicional del estado en la idea de que la fisonomía actual de éste no es un bien perenne ni responde a una eventual naturaleza de la institución. El de Cacho es, por todo esto, un estudio ejemplar de la apertura que el nacionalismo puede hacer suya y de su papel decisivo en nuestra historia reciente. Acostumbrados, como estamos en los últimos tiempos a concepciones fundamentalistas del nacionalismo, el libro de Cacho Viu resulta extraordinariamente clarificador y dirige nuestra mirada en direcciones muy distintas.